

Mónica Lavín



Tonada de un viejo amor

© 2023, Mónica Lavín

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2023

ISBN: 978-607-39-0342-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Los entierros siempre son melancólicos. Basta un espacio despejado, una cortina de álamos y sabinos desnudos a lo lejos, un cielo azul límpido y un aire helado. Las figuras de negro se suman al ritual, caminan con parsimonia, agachan la cabeza, temen. Al sonreír, parecen indiferentes o descorteses. Las mujeres se alían con la viuda, le ofrecen el brazo para que apoye su desconsuelo mientras se acercan al hueco donde los sepultureros aguardan. Cristina camina al lado de Enrique, trae un traje sastre negro, el sombrero le oculta el rostro ojeroso. Preferiría andar sola, no tener que ir pertrechada por su hermano para presentar sus condolencias. Las condolencias las merecía todas ella.

Hubiera deseado borrarlos como si fueran de gis, caminar silenciosa hasta el sepulcro y abrazarse a la caja

negra que acaban de descender. Entonces habría arremetido a puñetazos sobre el féretro indolente. Acostada sobre la tapa la habría abarcado con sus piernas, frotado el pubis y su pecho clamando la resurrección de Carlos. Le hubiera gritado cabrón, cobarde, amor. Te moriste de puro miedo. Que todos se fueran mientras los empalaban para seguirse besando bajo tierra. El mullido confort de terciopelo de la caja, un lugar inexplorado para hacer el amor. Limitarse a la estrechez del sarcófago para envainar las piernas y sofocar los gemidos entre la oscuridad y los golpes esponjosos de los terrones. Pero ni siquiera podía hacer suyo el privilegio de marchar en soledad a su sepelio, como lo hacía a su encuentro clandestino. ¿Para qué azuzar los rumores y aderezar una muerte, confirmando la bajeza de una Velasco? Carlos tendría que haber resobado esos rumores a las mujeres de San Lorenzo cuando jugaban al rummy circunspectas en casa de la abuela, con sus intrigas mordaces ocultas tras el abanico de naipes, para alzar la vista al verlo llegar.

—Sí, vengo de estar con Cristina, ¿por qué creen que ella no pierde el tiempo con ustedes?

Y Cristina acomodándose el escote, los pelos revueltos, retocándose los labios, aparecería detrás de su hombre.

—¿No se aburren? —les preguntaría con sorna, acallando su convulso corazón.

Pero si Cristina no pudo conseguir que él rompiera el cerco de la censura, no tenía por qué ahora endulzarles el invierno con un secreto sospechado para que se ufanaran: «te lo decía». Menos ahora que ni siquiera podía

entrar Carlos en su defensa y huir del pueblo a caballo con los sacos de sus fortunas en las alforjas y la esperanza en la plenitud de sus amoríos libres.

Cristina no entendía de qué servía la escenografía quieta en la que había crecido. Si este sepelio era otra puesta en escena, con el vestuario correcto y el gesto adecuado. En ese gran tablero de ajedrez la muerte de Carlos era una pieza menos. Esa falta cabía en el marco de la quietud, pero no el escándalo que zarandeara el tablero e hiciera rodar alfiles, caballos y peones hasta el suelo.

Cuando Carlos estaba con los hombres, atreviéndose a mirar a Cristina después del segundo martini; cuando Olga Fonseca aún no aparecía en el escenario, Cristina también lo miraba. Alguien tocaba en la guitarra aquello de «yo sé que nunca...» y Carlos lo usaba como pretexto para acercarse.

—Sobrina, ¿bailamos?

Por el atrevimiento, Cristina sabía que era mucho el alcohol bebido. Los demás miraban. Antes de que las mujeres descorcharan su veneno, todos contemplaban en silencio. Se veían bien, Cristina con el vestido azul marino y su cintura envidiable, el pelo rubio rizado y los aretes de grandes perlas. Carlos, castaño y esbelto. Pero el engarce iba más allá de sus figuras, armonizaban. La mano de Carlos extendida sobre la espalda de Cristina la sujetaba de particular manera. El espectáculo, sin embargo, estaba en lo oculto, en el deseo que parecía sugerirse para envidia de hombres y mujeres. No se decían nada, pasada la pieza el tío Carlos retomaba las formas

y, parodiando una reverencia, agradecía la gentileza de su sobrina. Aliviados, los espectadores sonreían.

Cristina volvía al círculo de mujeres, con la tibieza de la mano de Carlos aún en su espalda. Procuraba no recargarse contra el respaldo ni rozar las paredes para no borrar la huella. Carlos tardaba en volver a mirarla. Había que esperar a que los demás olvidaran lo candente del baile. Para entonces, el cuerpo de Cristina ya tenía una clara presencia en su memoria. Pero recordar siempre era insuficiente, esa noche habría de esperarla, como siempre, en la covacha. Al fin una sola casa mediaba entre las suyas.

Un tablero tan reducido sólo permitía ciertas movidas, ciertas alianzas. Si no se hacían con la debida antelación, se corría el riesgo de quedar inmóvil, atrapado en una esquina, sin más posibilidad que permanecer en la configuración del tablero. Olga conocía a Carlos desde siempre, en San Lorenzo todos los de la textilera y los vinateros crecían juntos. Habían estado en el mismo grupo de la primaria, ella una Fonseca, él un Velasco. Ella entre algodones, él entre taninos. Olga era una más en el salón de clases, flacucha, morena y larga. Lo único que los niños le envidiaban era el Packard amarillo con el que la recogían los viernes para ir a Bermejo. Su padre vivía en Bermejo; ella en San Lorenzo con su abuelo, en el rancho La Blanca. Gustavo Fonseca, a falta de nietos, quería que una Fonseca —su hijo odiaba el campo— se

ocupara algún día de la administración del negocio. Olga era una candidata ideal: aplicada, correcta y seria.

Al acercarse el flamante automóvil por la Juárez, Carlos se apretujaba en la reja con todos los niños. Forzaba su cara curiosa entre los barrotes y apenas podía creer que algo tan limpio y brillante circulara por esas calles terrosas.

Olga salía con su mochila al hombro y abría la portezuela que dejaba al descubierto los interiores color miel y a don Gustavo Fonseca, a quien Olga saludaba con un beso. El viejo daba miedo, decían que sólo Olga lo hacía reír, cosa increíble pues a nadie más arrancaba sonrisas. Olga miraba por la ventanilla a los niños en la reja del colegio y agitaba su mano con cierto orgullo. Lo hacía por Carlos, pues ya desde quinto de primaria pensaba que, además de guapo, era el niño más simpático del salón. Los otros se daban cuenta y la carrilla no paraba hasta que Carlos llegaba a su casa.

—Le gustas a la flaca del Packard. Que no te vea don Gustavo, pues tu papá no tiene más que la troca del rancho.

A Carlos le daba coraje. Le gustaba el coche pero la flaca no, ni siquiera podía correr ni treparse a los árboles, le salía sangre de la nariz y siempre estaba en la enfermería.

La nieta de don Gustavo no estaba a la altura de ninguno de los de San Lorenzo. Su abuelo mejor la regresó a Bermejo donde había muy dignos y acomodados prospectos, que hasta en «ángel negro» la podían pasear, no como los muchachillos hijos de poseedores

de Studebackers o Fords 33. Eso no era poco, pero don Gustavo Fonseca tenía más y sólo una nieta.

Cuando Olga regresó a San Lorenzo después de estudiar comercio en la ciudad, escuchó rumores de que la soltería de Carlos, ya de treinta y dos, era por un amor escondido. Aunque había muchos partidos y Packards en Bermejo, como decía su abuelo, también había muchas mujeres bonitas y más jóvenes. Ella había decidido ayudar a su abuelo en la contabilidad del algodón y conseguir la atención de Carlos. A los pocos días de haber vuelto, le pidió el auto a su abuelo una tarde y se fue a visitar a doña Ausencia Velasco. Lo correcto era avisar que allí estaba, lo correcto también era que la empezaran a invitar al rummy, a las carreras de caballos y a las fiestas.

Estuvo un rato en la sala, tacita de té en mano, contando de Bermejo y que su padre a lo mejor vendría a pasar la Pascua a San Lorenzo, preguntó por la salud de doña Ausencia y contó de las arritmias que la asediaban desde niña. Luego preguntó por los hijos. Poncho, el mayor, muy bien a pesar de lo desbalagado y de que había comenzado a formar familia a los veinte años; Ausencia, feliz con sus dos polluelos que se veían recios como su abuelo Alfonso; y Carlos, juerguista, taciturno, viajero e incasable como siempre. Olga sonrió. Doña Ausencia aprovechó para invitarla al día de campo en los viñedos el domingo siguiente.

Por más que prolongó la visita, llegó la hora en que era prudente retirarse. Olga se despidió cortésmente, dejando saludos para todos, y prometió asistir el domin-

go. Abría la puerta del coche negro cuando miró a un hombre acercarse. Era Carlos, el pelo castaño espeso lo delataba. Venía con pantalones blancos y una raqueta.

—¿Carlos? —preguntó.

Él se detuvo y miró a la mujer junto al auto. Por lo largo de su figura y su tez morena reconoció a Olga, sólo que la nariz era más afilada y su falda blanca tableada disimulaba la delgadez de sus piernas.

—¿Eres Olga? ¿Qué haces en este pueblo tan aburrido? —se rio.

—Vengo a ayudar a papá grande. Ya ves que siempre nos hemos llevado bien.

—O sea que te tenemos para rato.

—Por lo menos de aquí al domingo, ya que tu mamá me hizo favor de invitarme al viñedo.

—Será un placer —dijo Carlos amable—. Hasta entonces.

Carlos se metió a casa pensando en que las cosas se complicarían para el encuentro con Cristina esa noche. Como perdedor tenía que pagar las copas en Bermejo después del juego. Sería difícil avisarle a Cristina. Ausencia dejó caer la cortina por la que había observado a Olga Fonseca saludar a su hijo. Lástima que tenga ese color de piel y ese bigotillo, pero la chica se esfuerza en ser elegante, pensó. A la Fonseca no se le daba naturalmente, cómo iba a serlo si Olga era la hija de la cocinera del rancho. Antes Gustavito hijo la reconoció y se fue de San Lorenzo. En Bermejo ni quién lo supiera, pero aquí era difícil ocultar los genes.

Olga se fue con las manos sudorosas y con la taquicardia cimbrándole los huesos. Estaba segura de que ella se casaba en San Lorenzo.